
La Sepultura

Hermanos Grimm

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 1181

Título: La Sepultura

Autor: Hermanos Grimm

Etiquetas: Cuento infantil

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 23 de agosto de 2016

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

La Sepultura

Un labrador muy rico estaba un día delante de su puerta, mirando sus campos y sus huertos; el llano estaba cubierto por la cosecha; los árboles estaban cargados de fruta. El trigo de los años anteriores llenaba de tal modo sus graneros, que las vigas del techo se doblaban bajo su peso. Sus establos estaban llenos de bueyes, de vacas y de caballos.

Entró en su cuarto y dirigió una mirada al cofre en que encerraba el dinero, pero mientras estaba absorto en la contemplación de estas riquezas, creyó oír en su interior una voz que le decía:

—¿Has hecho feliz, a pesar de todo tu oro, a alguno de los que te rodeaban? ¿Has aliviado la miseria de los pobres? ¿Has repartido tu pan con los que tenían hambre? ¿Has estado satisfecho con lo que poseías y no has deseado nunca más?

Su corazón no vaciló en contestar:

—Siempre he sido duro e inexorable, nunca he hecho nada por mis parientes ni por mis amigos. Más que en Dios he pensado siempre en aumentar mis riquezas. Aun cuando hubiera poseído el mundo entero, no hubiera tenido nunca bastante.

Este pensamiento le atemorizó, temblándole las rodillas de tal modo que se vio obligado a sentarse. Al mismo tiempo llamaron a la puerta. Era uno de sus vecinos, cargado de hijos, a quienes no podía sustentar.

—No ignoro, pensaba para sí, que mi vecino es mucho más

desapiadado que rico; sin duda no hará caso de mí, pero mis hijos me piden pan; voy a hacer una prueba.

En cuanto llegó a la presencia del rico, le dijo de esta manera:

—No ignoro que no os gusta socorrer a nadie, pero me dirijo a vos en la última desesperación, como un hombre que, estando próximo a ahogarse, se agarra a la más débil rama. Mis hijos tienen hambre: prestadme un puñado de trigo. Un rayo de compasión penetró por primera vez en el hielo de aquel corazón avaro.

—No te prestaré un puñado, le respondió; te daré una fanega, pero con una condición.

—¿Cuál? preguntó el pobre.

—Que pasarás las tres primeras noches, después de mi muerte, velando sobre mi sepultura.

La proposición no agradó mucho al pobre, pero en la necesidad en que se encontraba, tuvo que pasar por todo. Lo prometió, pues, y se llevó el trigo a su casa.

Parecía que el labrador había adivinado el porvenir, pues a los tres días murió de repente, sin que nadie lo sintiera. En cuanto estuvo enterrado, el pobre se acordó de su promesa; hubiera querido verse dispensado de ella, pero se dijo: —Este hombre ha sido generoso para mí, ha dado pan a mis hijos, y además le he dado mi palabra y debo cumplírsela.

A la caída de la tarde, fue al cementerio y se sentó encima de la sepultura.

Todo estaba tranquilo; la luna iluminaba los sepulcros y de cuando en cuando, volaba un búho lanzando gritos fúnebres. A la salida del sol volvió a su casa sin haber corrido el menor peligro. Lo mismo se verificó a la noche siguiente.

La noche del tercer día sintió un secreto terror, como si

fuera a pasar alguna cosa extraña. Al entrar en el cementerio, distinguió a lo largo de la pared un hombre como de unos cuarenta años, de rostro moreno y de ojos vivos y penetrantes, envuelto en una capa; bajo la cual sólo se veían unas grandes botas de montar.

—¿Qué buscáis aquí? le dijo el pobre; ¿no tenéis miedo en este cementerio?

—Nada busco, respondió el otro, ¿y de qué he de tener miedo? Soy un pobre soldado licenciado y voy a pasar la noche aquí porque no tengo otro asilo.

—Pues bien, le dijo el pobre: ya que no tenéis miedo, me ayudaréis a guardar esta tumba.

—Con mucho gusto, respondió el soldado; mi oficio es hacer guardias. Quedémonos juntos y participaremos del bien o del mal que se presente.

Los dos se sentaron encima de la sepultura.

Todo permaneció en silencio hasta el acercarse la media noche. Entonces sonó en el aire un silbido agudo y los dos guardias vieron delante de ellos al diablo en persona.

—Fuera de aquí, canallas, les gritó; este muerto me pertenece: voy a llevármelo, y si no escapáis pronto, os retuerzo el pescuezo.

—Señor de la pluma roja, le contestó el soldado: vos no sois mi capitán; no tengo ninguna orden que recibir de vos y no os tengo miedo. Continuad vuestro camino; nosotros nos quedamos aquí.

El diablo pensó que con dinero lo obtendría todo de estos dos miserables, y tomando un tono más dulce, les preguntó con la mayor familiaridad si consentían en alejarse dándoles una bolsa llena de oro.

—Con mucho gusto, respondió el soldado; eso es hablar como hombres, pero una bolsa de oro no es suficiente, pues no dejaremos este lugar si no nos dais con qué llenar una de mis botas.

—No tengo una cantidad tan grande aquí, dijo el diablo; pero voy a ir a buscarla. En la ciudad próxima vive un usurero amigo, que no vacilará en prestarme esa suma.

En cuanto partió el diablo, se quitó el soldado la bota izquierda diciendo:

—Vamos a jugarle una treta de campaña. —Compadre, dame tu navaja.

Cortó la suela de la bota y puso la badana derecha encima de unas yerbas muy altas, arrimada a un sepulcro que había allí cerca.

No aguardaron mucho tiempo; el diablo llegó en breve con un pequeño saco de oro en la mano.

—Echadle, dijo el soldado levantando un poco la bota; pero no será bastante eso.

El diablo vació el saco, pero el oro cayó en el suelo y la bota quedó vacía.

—¡imbécil! le gritó el soldado; ¿no te lo había dicho? Vuelve y trae mucho más.

El diablo partió meneando la cabeza y volvió al cabo de un rato con un saco mucho mayor bajo el brazo.

—Eso ya vale algo más, dijo el soldado: pero dudo que baste todavía para llenar la bota.

El oro cayó sonando, pero la bota quedó vacía. El diablo se aseguró por sí mismo mirando con sus ojos de fuego.

—¡Vaya unas botas que gastas! exclamó haciendo un gesto.

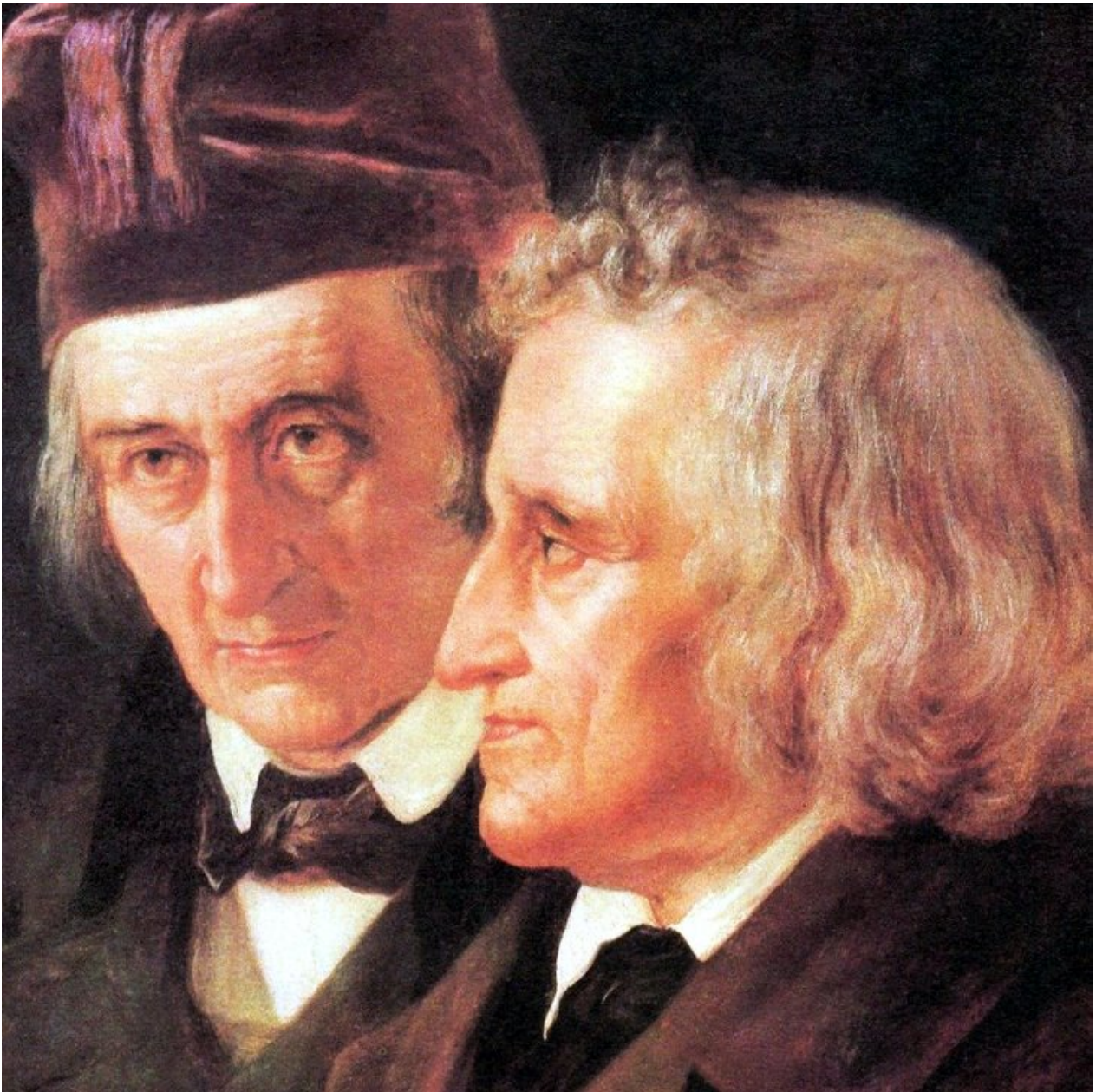
—¿Querías, replicó el soldado, que llevara como tú, un pie descalzo? ¿Desde cuándo te has vuelto avaro? Vamos, ve a buscar otro saco, o si no ya estás de más aquí.

El diablo se alejó otra vez, pero estuvo mucho tiempo ausente; cuando volvió por fin, apenas podía llevar el enorme saco que traía sobre sus espaldas. Apresurose a vaciarle en la bota, que se llenó menos que nunca. Iba encolerizado a arrancar las botas de manos del soldado, cuando vino a iluminar el cielo el primer rayo de sol naciente. En el mismo instante desapareció, lanzando un grito. La pobre alma se había salvado.

El labrador quería repartir el dinero, pero el soldado le dijo:

—Da mi parte a los pobres. Voy a ir a tu casa, y con el resto viviremos juntos pacíficamente todo lo que Dios quiera.

Hermanos Grimm



Los Hermanos Grimm es el nombre usado para referirse a los escritores Jacob Grimm (4 de enero de 1785, Hanau (Alemania) - Berlín, 20 de septiembre de 1863) y Wilhelm Grimm (24 de febrero de 1786, Hanau - 16 de diciembre de 1859, Berlín). Fueron dos hermanos alemanes célebres por sus cuentos para niños y también por su Diccionario alemán, las Leyendas alemanas, la Gramática alemana, la Mitología

alemana y los Cuentos de la infancia y del hogar (1812-1815), lo que les ha valido ser reconocidos como fundadores de la filología alemana. La ley de Grimm (1822) recibe su nombre de Jacob Grimm.

Jacob Grimm (1785-1863) y su hermano Wilhelm (1786-1859) nacieron en la localidad alemana de Hanau (en Hesse). Criados en el seno de una familia de la burguesía intelectual alemana, los tres hermanos Grimm (ya que fueron tres, en realidad; el tercero, Ludwig, fue pintor y grabador) no tardaron en hacerse notar por sus talentos: tenacidad, rigor y curiosidad en Jacob, dotes artísticas y urbanidad en Wilhelm. A los 20 años de edad, Jacob trabajaba como bibliotecario y Wilhelm como secretario de la biblioteca. Antes de llegar a los 30 años, habían logrado sobresalir gracias a sus publicaciones.

Fueron profesores universitarios en Kassel (1829 y 1839 respectivamente). Siendo profesores de la Universidad de Gotinga, los despidieron en 1837 por protestar contra el rey Ernesto Augusto I de Hannover. Al año siguiente fueron invitados por Federico Guillermo IV de Prusia a Berlín, donde ejercieron como profesores en la Universidad Humboldt. Tras las Revoluciones de 1848, Jacob fue miembro del Parlamento de Fráncfort.

La labor de los hermanos Grimm no se limitó a recopilar historias, sino que se extendió también a la docencia y la investigación lingüística, especialmente de la gramática comparada y la lingüística histórica. Sus estudios de la lengua alemana son piezas importantes del posterior desarrollo del estudio lingüístico (como la Ley de Grimm), aunque sus teorías sobre el origen divino del lenguaje fueron rápidamente desechadas.

Los textos se fueron adornando y, a veces, censurando de edición en edición debido a su extrema dureza. Los Grimm se defendían de las críticas argumentando que sus cuentos no estaban dirigidos a los niños. Pero, para satisfacer las exigencias del público burgués, tuvieron que cambiar varios

detalles de los originales. Por ejemplo, la madre de Hansel y Gretel pasó a ser una madrastra, porque el hecho de abandonar a los niños en el bosque (cuyo significado simbólico no se reconoció) no coincidía con la imagen tradicional de la madre de la época. También hubo que cambiar o, mejor dicho, omitir alusiones sexuales explícitas.

Los autores recogieron algunos cuentos franceses gracias a Dorothea Viehmann y a las familias Hassenflug y Wild (una hija de los Wild se convertiría después en la esposa de Wilhelm). Pero para escribir un libro de cuentos verdaderamente alemán, aquellos cuentos que llegaron de Francia a los países de habla alemana, como El gato con botas o Barba Azul, tuvieron que eliminarse de las ediciones posteriores.

En 1812, los hermanos Grimm editaron el primer tomo de Cuentos para la infancia y el hogar, en el cual publicaban su recopilación de cuentos, al que siguió en 1814 su segundo tomo. Una tercera edición apareció en 1837 y la última edición supervisada por ellos, en 1857. Las primeras colecciones se vendieron modestamente en Alemania, al principio apenas unos cientos de ejemplares al año. Las primeras ediciones no estaban dirigidas a un público infantil; en un principio los hermanos Grimm rehusaron utilizar ilustraciones en sus libros y preferían las notas eruditas a pie de página, que ocupaban casi tanto espacio como los cuentos mismos. En sus inicios nunca se consideraron escritores para niños sino folcloristas patrióticos. Alemania en la época de los hermanos Grimm había sido invadida por los ejércitos de Napoleón, y el nuevo gobierno pretendía suprimir la cultura local del viejo régimen de feudos y principados de la Alemania de principios del siglo XIX.

Sería a partir de 1825 cuando alcanzarían mayores ventas, al conseguir la publicación de la Kleine Ausgabe (Pequeña Edición) de 50 relatos con ilustraciones fantásticas de su hermano Ludwig. Esta era una edición condensada destinada para lectores infantiles. Entre 1825 y 1858 se publicarían diez

ediciones de esta Pequeña Edición.